

Pedro Carrasco Garrorena

María Teresa Gutiérrez de MacGregor

Revivir la memoria del doctor Pedro Carrasco Garrorena me ha producido gran emoción, ya que sus enseñanzas dejaron en mí una profunda huella.

Su vida intelectual se desarrolló en Madrid, en donde llegó a ser una figura importante que destacó notablemente en un medio académico tan selecto como era el Madrid de los años treintas.

Su inteligencia y dedicación le permitieron llegar, entre otras cosas, a ser director del Observatorio Astronómico de Madrid.

Don Pedro, a los cincuenta y seis años de edad, se encontraba perfectamente identificado con los valores de su patria, que fueron destruidos por las fuerzas más negativas de nuestra época, desenmascaradas, por primera vez, en la Guerra civil española. Esta tormenta, que trastocó la vida de tantos intelectuales españoles, arrastró a don Pedro Carrasco a nuestro país, en donde encontró la aceptación y comprensión que le permitieron vivir sin amargura ni rencores. En respuesta a esta hospitalidad se prodigó generosamente, acentuando su vocación, innata en el maestro, transmitiéndonos sus conocimientos, experiencias y, en particular, su entusiasmo, tan genuino, que hasta hoy perdura en los que tuvimos el privilegio de tratarlo.

Por su prestigio tan notable, fue llamado para colaborar en las más importantes instituciones de educación superior tales como la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional.

Gran parte de su labor se desarrolló en la Facultad de Filosofía y Letras, donde gocé el privilegio de tratarlo como maestro de Meteorología, cátedra en la que tuve el honor de ser su ayudante.

El doctor Carrasco no fue geógrafo de profesión; él decía que el descubrimiento de esta ciencia, por la que llegó a sentir gran interés, no tuvo lugar sino después de su llegada a nuestro país, en edad avanzada, lo que no le impidió llegar a conocerla profundamente. A todos los que fuimos sus alumnos nos hizo sentir la importancia de tener una base matemática, para mejor comprensión de la geografía. Nuestras preguntas lo estimulaban a que nos hablara de los múltiples países que había conocido, creando en nosotros, con sus descripciones, un afán de conocer la Tierra, su naturaleza, sus países, sus hombres y sus costumbres, haciéndonos ver la importancia de la geografía.

El doctor Carrasco publicó muchos libros, entre otros uno que leí con gran deleite, llamado *El cielo abierto*, que el maestro tuvo la gentileza de obsequiarme con una dedicatoria tan emotiva que, hasta hoy, cuando la leo, me sirve de gran estímulo para enfrentar el porvenir.

Este hombre notable fue un gran ejemplo para nuestras generacio-

nes, ya que, a pesar de haber sufrido la ruptura del esfuerzo de tantos años, a edad muy avanzada inició una segunda etapa y volvió a luchar con ánimo y fortaleza, consiguiendo que su labor en México fuera tan fructífera como en España, dejando un profundo surco en el Colegio de Geografía, en el que señaló a sus alumnos el camino para enriquecerse, moral e intelectualmente, con su presencia.

La maestra Rosario Castellanos

Aurora M. Ocampo

Revelación

Lo supe de repente
hay otro
y desde entonces duermo
solo a medias
y ya casi no como.

No es posible vivir
con este rostro
que es el mío verdadero
y que aún no conozco.

Rosario Castellanos, *Lívida luz*, 1960

Rosario Castellanos, como todos los seres humanos, tuvo muchas facetas. Una fue la poeta, muy buena de cierto; otra, la narradora; una más la ensayista, interesada muy especialmente en nuestra literatura, y al hablar de “nuestra” me refiero a la iberoamericana. Y es esta faceta de la que se desprende la de Rosario maestra, la que ahora más me interesa recordar, así como su paso por nuestra Facultad.

Hace unos años, en una charla a raíz de su deceso, algunos de sus ex alumnos comentábamos que quien no había tenido a Rosario como maestra, no la había conocido realmente. ¿Por qué? Porque tal vez, en esos momentos, frente a sus alumnos, dando su clase, era como Rosario se expresaba mejor. Se daba toda entera, lo que hacía que esperáramos siempre con gran ilusión el día y la hora en que nos tocaba alguna de sus cátedras. Cada experiencia por la que pasaba en su diario vivir la sabía convertir en enseñanza. Para ella, el análisis de cada libro que leía, especialmente de narrativa contemporánea, era una expe-